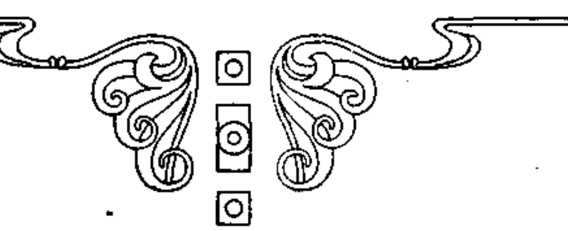


Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGÍA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Año 1 Núm. 2



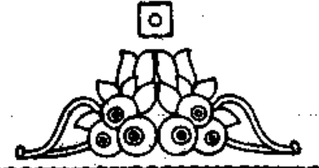
Madrid 25 Abril 1909.

Hay, Horacio, en el Cielo y en la Tierra muchas cosas, que tu filosofía ni siquiera ha sospechado.

SHAKESPEARE



SUMARIO



Administración: San Bernardo, 10

Número suelto 25 cts.

A NUESTROS LECTORES

La acogida que se ha hecho á nuestro primer número, nos anima á pensar en mejoras, que tenemos en estudio, y que si el favor del público continúa, realizaremos pronto. Desde luego, hoy aumentamos CUATRO páginas de texto, aunque con carácter de extraordinario.

DEL AMBIENTE

Las investigaciones de psíquica experimental, tienen, como todas las manifestaciones de la vida, su ambiente, y conviene mucho conocerlo para formarse exacta idea de lo que son aquéllas, de su fin y de los medios conducentes á su desarrollo y éxito. Teniéndolo así en cuenta, publicaremos frecuentemente en este lugar, ó en las páginas del texto, los relatos de hechos que son ó se quiere hacer pasar por concernientes á esa materia, y de los que es corriente deducir consecuencias desfavorables á la realidad de las fuerzas ó facultades supranormales. Frente á los hechos auténticos, vemos todos los días la relación de otros evidentemente falsos ó falseados; y tanto como conocer aquéllos, conviene, á los fines de la verdad, descubrir la superchería de éstos, ó explicarse la causa real de su notoria contradicción con las teorías de psíquica trascendental.

Y como los periódicos de más circulación han comentado estos días en tono burlesco la intervención de tres faquires en el asunto Steinheil, copiamos lo que, acerca de ello, dice una revista tan seria como *L'Echo du Merveilleux*, aconsejando al lector que fije su atención en el brevísimo, pero substancioso comentario que en los párrafos finales hace el colega francés, cuya labor seria, autorizada y persistente, es apreciada por cuantos de fenómenos supranormales se ocupan.

TRES INDIOS SOBRE LA TUMBA DE STEINHEIL

En la época en que el asunto Delarne apasionaba la opinión pública, tres indios, tres supuestos magos, tres farsantes, Devah, Ramanah y Alvis, atrajeron sobre sí la atención de sus contemporáneos. Este trío se atribuía facultades maravillosas y poder sobrenatural para leer en lo pasado. Sin embargo de esto, se supo que las ceremonias múltiples y protestas de estos tres compañeros no dieron ningún resultado apreciable, y tan sólo consiguieron que el público se riera á sus expensas.

Pero he aquí que un brahmán y dos faquires, otros tres indios, acaban de resucitar con motivo del asesinato de Steinheil, los gestos ridículos y risibles de Devah, Ramanah y Alvis. Encontrándose recientemente en París Timur Dhar, brahmán, jefe de la misión, y sus dos acólitos los faquires Sirbangha, secretario llamado á suceder al brahmán, é Hijram Singh, fueron estos últimos días á visitar la tumba del pintor Steinheil, con propósito de entrar en comunicación con el cuerpo astral del desgraciado artista y arrancarle el nombre de sus asesinos.

Reunidos los tres ante la tumba, se prosternaron, suplicaron, y, por último, recogieron un puñado de tierra y arrancaron una hoja de las coronas.

Si nosotros diéramos crédito á sus manifestaciones, la envoltura espiritual de la víctima se les apareció en una de las noches siguientes, y consiguieron reconstituir la escena del crimen. Pero esta reconstitución sensacional no nos dice nada interesante en cuanto á la identificación de los asesinos.

He aquí lo que ha declarado á uno de nuestros colegas el brahmán Timur Dhar:

«He visto la habitación donde tuvo lugar el asesinato de M. Steinheil... reina una gran obscuridad... hay dos personas que toman parte en el crimen; como están envueltas en sombras no puedo distinguir sus fisonomías, sin embargo, aseguro reconocer un hombre que lleva un redingot.

—¿Es un redingot?

—Sí, un redingot.

—¿No es una levita?

—No: es un redingot.

—¿Y la otra persona?

—La otra lleva un vestido amplio, un traje de casa.

—¿Un peinador?

—No lo sé.

—¿Es un hombre ó una mujer?

—No se puede distinguir.

—¿A qué hora se ha cometido el crimen?

—Hacia las dos ó las tres de la mañana.

—¿Ha visto usted la escena del crimen?

—El asesinato ha sido muy rápido, se ha empleado muy poco tiempo en cometerlo. No ha habido sangre. Steinheil ha sido estrangulado por la espalda.

—¿Y después os ha hecho alguna revelación sobre sus asesinos?

—No; nosotros hemos rogado para encontrar á los matadores, pero no hemos conseguido ver sus fisonomías; el crimen ha sido cometido hace ya mucho tiempo.

—¿Entonces Mme. Steinheil no estaba sola en el momento del asesinato?

—Yo no he visto á Mme. Steinheil, ó por lo menos no la he podido reconocer, pero aseguro que allí había dos personas.

—¿Y de Mme. Japy?

(Sigue en la plana 3.ª de la cubierta.)

AÑO I — Madrid, 25 de Abril de 1909 — NÚM. 2

Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Ser ó no ser... ese es el problema —SHAKESPEARE.

El que fuera de las matemáticas puras dice *imposible*, carece de sentido.
ARAGO.

ADMINISTRACION
Ancha de San Bernardo, número 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España: Un año, 6 pesetas; un semestre, 3,50 ídem.
Extranjero: 7 y 4 francos respectivamente.

Los sabios y los ignorantes me atacan; los unos y los otros se ríen de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas; y bien, sea; pero yo sé que he descubierto una de las más grandes fuerzas de la Naturaleza.
GALVANI.

MEDIUMNIDAD

El interés despertado por la primera parte del artículo de Mr. Stead, que insertamos en el número anterior, nos obliga á dar una más extensa noción de la mediumnidad que la contenida en aquel número, para que nuestros lectores, aun aquellos ajenos hasta ahora á este orden de conocimientos, lean con más agrado y provecho la continuacion de tan hermoso trabajo, que hoy publicamos.

Fieles á nuestro programa, no intentaremos definir; entendemos mejor dar una idea objetiva, completamente empírica, de la mediumnidad.

El medium se presenta, desde luego, como un sensitivo. En la comparación hecha por Mr. Stead, el medium sería la antena receptora del telégrafo sin hilos.

Hace muchos años estuvo de moda en España, en las más aristocráticas y cultas reuniones, la TIPTOLOGÍA. Varias personas—de cuatro á diez generalmente—, sentadas en torno de un velador, que solía ser trípode, ponían sobre él las manos, suavemente apoyadas y en mutuo contacto, é invocando el espíritu de un muerto esperaban su pretendida manifestación, que consistía en inclinarse el velador levantando una de las patas, para caer á poco sobre ella.

Entonces, considerando presente al espíritu evocado, le interrogaban, conviniendo una clave de golpes representativos de las letras del alfabeto.

Pronto se observó que la presencia de alguna determinada persona facilitaba la producción del fenómeno, siendo á veces necesaria. Á esas personas se las tuvo, pues, por *medio* para la comunicación, y se las designó con la palabra latina internacional «medium».

Descarten los lectores la idea del fraude que esas personas pudieran hacer para efectuar la levitación. Seguramente, muchas veces los movimientos de la mesa son producidos con engaño, no siempre desinteresado, y han sido muchos los incautos burlados y estafados así; pero *sin trampa*, obedeciendo á causas todavía ignoradas, se mueve la mesa: esto es hoy un hecho inconcuso; se mueve, y sus golpes, ajustándose á una clave preestablecida, dan contestaciones congruentes sobre cosas á veces desconocidas por los que interrogan.

Y ocurre más. Algunos mediums tienen otra sorprendente facultad: la escritura automática. Toman un lápiz y se colocan como para escribir, pero dejando la mano quieta, evitando todo movimiento voluntario, hasta que brazo y mano son agitados de un ligero temblor convulsivo, y la mano, sin obedecer á la voluntad del medium, comienza á escribir, con frecuencia sobre materias que éste desconoce, ó cree desconocer; otras veces como si dictara una *entidad distinta*, que sostiene conversación con los concurrentes, contestando á sus preguntas, y firma con nombres de personas fallecidas, con el de personajes históricos ó con apelativos estrambóticos.

Y á todo esto el medium asegura que él es extraño á lo que ocurre, y su afirmación viene aseverada por el contenido mismo del escrito.

Otros mediums dibujan con el propio automatismo, sin darse cuenta de lo que hacen. Dibujos y escritura son frecuentemente trazados contra todas las reglas de su producción normal: de derecha á izquierda, invirtiendo las sílabas, sin orden aparente, hasta que al terminar se descifra el contenido ó se descubre el objeto dibujado. Las anomalías que este fenómeno presenta son muchas y muy sorprendentes. Ello ocupa voluminosas actas, que firman personas respetables, y en nuestra Revista habremos de ocuparnos frecuente y extensamente de esto que hoy esbozamos, con el objeto sólo de hacer más comprensible el trabajo de Mr. Stead. Por eso no nos ocupamos de los mediums parlantes, cuya facultad, no más enigmática que las antes

enumeradas, constituye hoy toda una especialidad del espiritismo científico, y es el principal objeto de las reuniones místicas de los espiritas clásicos.

Explicación de todo eso, no se ha dado concluyente; hay muchas, para todos los gustos, según todas las teorías cósmicas y morales.

Desde los que sostienen aún que todo es quimera de algunos desequilibrados y fraude de vividores, hasta los que hacen intervenir al mismísimo demonio creyéndole bastante desocupado para dar bromas carnavalescas, cuyo fin no se nos alcanza, hay explicaciones é hipótesis variadísimas, muchas de ellas consistentes en juego de tecnicismos, que, á su vez, nadie sabe lo que significan.

La explicación que del fenómeno da el espiritismo clásico es la más conocida. Los espíritus desencarnados no son, en el grado á que nos referimos, espíritus puros: tienen un cuerpo fluídico que conserva la forma del carnal; ese cuerpo vaporoso, á que llaman periespíritu, es el intermedio entre el espíritu y la materia; por su medio aquél acciona y rige ésta, y del propio modo que la suya en vida, el espíritu de un difunto; por ese medio puede accionar el cuerpo de un vivo, siempre que el espíritu de éste se inhiba, al menos parcialmente, dejando su carne, es decir, su instrumento, á disposición del invasor, que entonces encuentra modo de manifestarse en el plano material.

Otros espiritistas opinan que no hay invasión efectiva del espíritu desencarnado en el cuerpo del medium, sino comunicación psíquica del espíritu del vivo con el del muerto, en la cual éste sugiere ó dicta á aquél para que ejecute la acción material.

Según esta hipótesis el medium escribe ó habla él, pero bajo la inmediata sugestión ú orden del desencarnado, y puede escribir ó hablar también por sugestión del espíritu de un viviente á través del espacio.

En ambas teorías los movimientos de las mesas se explican, ó por acción involuntaria del medium bajo aquellas influencias (esto no se puede sostener cuando falta todo contacto), ó por intervencion *directa* del espíritu evocado, que puede accionar la materia mediante los elementos fluídicos acumulados en ella por el contacto de los asistentes, y en particular del medium, que los esparce más similares á los del comunicante, más diluíbles, ó por otra causa cualquiera, más eficaces á tal fin.

Á ese elemento fluídico se llama hoy por algunos *od*, y la hipótesis de su existencia, que es una variante de la del periespíritu, sirve para la explicación de muchos fenómenos de psíquica experimental.

Todo ello es pura fantasía, en opinión de otros pensadores, que atribuyen las manifestaciones mediumníticas al propio medium, explicando su lucidez por las facultades latentes en el sér humano, ó por estados subconscientes mal estudiados aún, en los que la sugestión —pero siempre la de un sér vivo, terrenalmente hablando—, ó la autosugestión, determinan actos y conocimientos inexplicables en el estado normal.

Y para cubrir la efectiva ignorancia que tanta divagación revela, se han inventado, como es uso y costumbre en tales casos, muchas palabras. A las de *periespíritu* y *od* ya citadas, hay que añadir todo un rico vocabulario: *conciencia subliminal, psiquismo inferior, polígono disgregado,* etc. Ya irán pasando por estas páginas.

***

Al objeto dicho basta lo anterior, que no es, lo repetimos, una definición de la mediumnidad; es sólo una incompleta y parcial noción objetiva de algunas de sus manifestaciones.



TRIBUNA LIBRE

¿SE COMUNICA CON EL MÁS ALLÁ?

(CONCLUSIÓN)

Abordo, ahora, la exposición de las pruebas directas que me han convencido de la realidad de la persistencia de la personalidad humana después de la muerte.

Ante todo, debo advertir que poseo lo que se llama don de la escritura automática. Por lo mismo entiendo que puede, volviendo pasivo mi espíritu dejar mi pluma sobre el papel de tal manera que mi mano trazará mensajes que me son dirigidos por amigos distantes. Poco importa que estos amigos vivan todavía ó que hayan experimentado en su sér el cambio que llamamos muerte.

Cuando estas comunicaciones automáticas provienen de amigos que viven aún, tienen una ventaja. Puedo comprobar la autenticidad dirigiéndome á las mismas personas que me los han enviado. Añadiré, sin embargo, para evitar todo error, que la transmisión de estos mensajes se verifica lo más frecuentemente, sin que tenga conciencia de ello el autor de los mismos. También ocurre que los que me escriben así, sin saberlo ellos mismos, se asombran de ese acto inconsciente suyo. Como prueba de ello, suministraré una experiencia que hice al fin de mis averiguaciones.

Una señora, amiga mía, que escribe á distancia con mi mano, aún mejor, más fácilmente que con la suya, había pasado los últimos días de semana en Halsmere, pueblo á unos 50 kilómetros (30 millas) de Londres. Debía venir á almorzar á mi casa el miércoles, si hubiera regresado. El lunes, muy avan-

zada la tarde, quise saber si había marchado, y colocando mi pluma sobre el papel, pregunté mentalmente si había regresado. Mi mano escribió lo que sigue:

«Bien á mi pesar, tengo que deciros que me ocurrió algo enojoso que casi me avergüenzo de referiros. Había salido de Halsmere á las dos y veintisiete de la tarde en un coche de segunda, en el que viajaban conmigo dos señoras y un señor. En Godalming, donde el tren paró, bajaron las señoras y quedé sola con el viajero. Éste dejó su asiento y vino á sentarse cerca de mí. Tuve miedo y me separé. Volvió á acercarse y quiso abrazarme. Yo estaba furiosa. Vinimos á las manos. Cogí su paraguas y le golpeé con él. El paraguas se rompió, y creí que me vencería, cuando el tren paró antes de llegar á la estación de Guildford. El hombre se aturdió, tuvo miedo, y antes de que se diera orden de bajar, salió del departamento y huyó. Yo estaba violenta, pero guardé el paraguas.»

Envié mi secretario con un recado verbal para decir que estaba impresionado desagradablemente por lo ocurrido, y añadía:

«Cálmese y traiga el miércoles el paraguas.»

Ella contestó:

«Siento muchísimo que usted esté al corriente de todo; había resuelto no hablar de ello á nadie, pero el paraguas no era el suyo, sino el mío.»

Cuando vino el miércoles á almorzar, me confirmó en sus detalles el suceso y me enseñó el paraguas, que era el suyo y no de aquel sujeto. ¿Cómo había habido error en el mensaje? No lo sé. Tal vez porque yo no había insistido acerca de la exactitud de lo demás del relato. Todo cuanto puedo decir, es que yo no tenía ninguna idea del tren que había tomado, y mucho menos la sospecha de ese incidente enojoso.

Puedo afirmar que desde aquel momento, es decir, desde hace quince años, he recibido y recibo todavía de mis amigos mensajes parecidos. Hay en ellos errores; pero, en general, son de una exactitud sorprendente. Este sistema de telepatía automática, procedente de amigos aún vivientes, está establecido para mí con tanta precisión como la existencia de la telegrafía eléctrica. Es un hecho que puede ser contrastado á diario, y cuya certeza es, por tanto, absoluta, tanto para mis amigos como para mí.

Falta por demostrar que este sistema de telepatía automática entre vivos (hecho que corresponde á la telegrafía sin hilos), puede extenderse á los que atravesaron el río de la muerte (extensión correspondiente á la transmisión de un marconigrama á través del Atlántico.)

A este propósito, referiré un hecho de experiencia personal. Tenía yo dos amigas íntimas entre sí. Como sucede muy á menudo, se habían prometido que aquella que muriese antes volvería y se aparecería á la otra para informarla «de visu» de la realidad de la vida más allá de la tumba. Una de ellas tenía por prenombre Julia. Murió en Boston poco después de tan singular convenio. Algunas semanas después despertó á su amiga en Chicago, estuvo á su cabecera, con mirada radiante de felicidad. Después de un silencio de unos minutos, se desagregó lentamente en una ligera niebla, que quedó en la habitación como una media hora.

Algunos días después, la amiga en cuestión vino á Inglaterra. Residimos juntos en Estuos Castle, región occidental del país, y Julia se reveló por segunda vez. Su amiga no estaba dormida aún, pues estaba muy despierta; vió á Julia tan real, tan distintamente como en vida; mas la aparecida no podía hablar demasiado y la aparición se desvaneció nuevamente. Su amiga me participó esta segunda visita y me preguntó si podía conseguir un mensaje de Julia. Prometí intentarlo, y al día siguiente, antes del desayuno, mi mano escribió un mensaje explicativo, muy conciso en verdad, pero exacto. Quise asegurarme de la identidad de la transmisiva. Mi mano escribió:

«Dila que se acuerde de lo que me manifestó cuando nos vimos la última vez en casa de Minerva».

Repliqué que este mensaje era absurdo. Pero mi mano persistió dando la seguridad de que la amiga comprendería. Estaba yo tan convencido de lo absurdo del mensaje que, durante una temporada, rehusé comunicárselo; pero entonces la amiga exclamó:

—¿Verdaderamente ha escrito ella eso? Entonces, ciertamente, es la misma Julia, no hay posibilidad de error.

—¿Cómo, pregunté, pudo usted haber estado en casa de Minerva?

—¡Oh!, replicó ella. Es verdad, usted no sabe. Poco antes de su muerte, Julia había dado el sobrenombre de Minerva á miss Willard, la fundadora de la Unión cristiana de templanza de las mujeres, y le había regalado un dije representando la diosa griega. Desde entonces ella no la llamaba sino Minerva, y el mensaje que escribió con vuestra mano corresponde, en substancia, á lo que pasó la última vez que Minerva y yo fuimos á ver á Julia en su lecho de muerte.

Aquí había un pequeño error todavía. Minerva había ido á casa de Julia y no ésta á casa de Minerva; pero, prescindiendo de esto, el mensaje era exacto. La amiga de Julia estaba sentada al fin de una mesa grande, yo al otro lado, y cuando mi mano hubo escrito respuestas á muchas preguntas, interrogué á Julia si ella podía, como prueba de su identidad, servirse de mi mano para evocar en los recuerdos de su amiga algún incidente de su vida común del que yo no hubiese tenido conocimiento. Dicho y hecho.

Mi mano escribió:

«Pregúntela si se acuerda de que, paseando juntas, se cayó y se lesionó la espina dorsal.»

—Es el colmo—noté, después de la lectura del

ha vuelto; helo aquí. Ha entrado con usted. No tiene ya su fusil y su mirada no tiene nada de hosca. Puede continuar.

—Sin duda—respondí—, ¿cree usted que puede fotografiarse?

—No sé—contestó el viejo fotógrafo—; lo intentaré.

Me siento ante el objetivo y el operador. No puedo ver nada, pero antes de colocar la placa pregunté al fotógrafo.

—¿Le habéis hablado el otro día? ¿Puede usted hablarle todavía?

—Sí; está siempre detrás de usted.

—¿Contestará, si le pregunta?

—No sé; lo intentaré.

—Pregúntele cómo se llama.

El fotógrafo hizo ademán de proponer una cuestión mental y de esperar la respuesta.

—Dice que se llama Piet Botha.

—¿Piet Botha?—objeté con un gesto de duda.—Conozco á un Felipe, un Luis, un Cristian y no sé cuantos más Botha; pero nunca oí hablar de ese Piet.

—Dice que es ese su nombre—replicó el viejo con aire de malhumor.

Cuando sacó la placa, vi en ella, de pie, detrás de mí, un gallardo hirsuto, que lo mismo podía ser un boer que un mugik. No digo una palabra; espero termine la guerra, y, cuando llegó á Londres el general Botha, le remití la fotografía por intermedio de Mr. Fischer, siendo aún primer ministro del Estado de Orange. Al día siguiente vino á visitarme Mr. Werssels, representante de otro Estado.

—¿Dónde ha obtenido usted la fotografía que envió á Mr. Fischer?

Le conté punto por punto cómo se encontraba en mi poder. Meneó la cabeza.

—No creo en los aparecidos; así, pues, dígame formalmente dónde obtuvo usted este retrato; ese hombre no ha visto nunca á William Stead. Ese hombre no ha estado en Inglaterra.

—Ya dije á usted—repliqué—, cómo ha llegado hasta mí y usted debe creerme; ¿pero, por qué se pone usted así?

—Por qué ese hombre—dijo—era pariente mío. Tengo su retrato en mi casa.

—¿Ha muerto realmente?—exclamé.

—Fué el primer jefe boer que sucumbió en el sitio de Kimberley... Petrus Botha—añadió—; para abreviar, le llamábamos Piet.

Esta fotografía quedó en mi poder. Fué asimismo reconocida la identidad por los otros representantes de los Estados libres, que también habían conocido á Piet Botha.

Esto no se explica, pues, de ningún modo por la telepatía. No podría haber en ello ni hipótesis, ni fraude. Es por puro azar por lo que pedí al fotógrafo se cerciorase de si el espíritu daría su nombre. En Inglaterra, nadie absolutamente, al menos que yo sepa, tenía noticia de que Piet Botha hubiese existido.



Lo que hace falta es que los que no crean en la supervivencia después de la muerte, digan, con toda franqueza, qué pruebas admitirían como convincentes. He trasladado á estas páginas lo que considero testimonio incontestable de la continuación de la personalidad después de la muerte. Los hechos que cito constituyen otros tantos datos de mi experiencia personal. Su crédito se subordina al que el lector otorgue á mi veracidad. Las cosas han sucedido tal como las he contado. Suponga el lector que le han ocurrido á él mismo; apurando el ergo, podría rehusar el admitir que hay en ello, al menos, una razón «a priori» para examinar con cuidado, científicamente, el testimonio aportado. ¿Qué mayor evidencia se puede pedir para convencerse?

No pretendo que un hombre acepte sin discusión las afirmaciones de otro. Cierto que no todo el mundo es «medium», y que los despachos telefónicos no son marconigramas. Tengo la pretensión de ser mi propio «medium», lo que, por lo menos, descarta un supuesto admisible; pero hay todavía muchos «mediums» de buena fe. Los demás, si buscan con cuidado, encontrarán, quizás, alguno entre sus relaciones.

Para concluir. A partir de los últimos quince años, he formado el convencimiento—por multitud de testimonios directos—que existe real y verdaderamente una persistencia de la personalidad después de la muerte y una posibilidad de comunicar con los idos, y siempre me he dicho:

—Esperaré á que alguien de mi familia haya hecho el viaje de ultratumba para expresar formalmente mi convicción sobre tal punto.

Pues bien: hace doce meses (en Diciembre último), he visto morir á mi hijo mayor, al que esperaba instituir por heredero mío. Murió á los treinta y tres años. Era muy fuerte el lazo que nos unía; nadie habría podido engañarme inventando mensajes, atribuyéndolos al predilecto desaparecido. Ya se deslizaron doce meses, y no pasó una sola semana en que no haya recibido mensajes precisos y consoladores de aquel que aún está cerca de mí y cada vez más cariñoso.

En esos últimos doce meses había viajado yo mucho por el extranjero, y había recibido noticias suyas con menos frecuencia que á raíz de su desaparición. No he revelado con mi mano sus comunicaciones. Le conozco muy bien, y lo que yo escribiera podía no ser más que los ecos inconscientes de nuestros coloquios de otros tiempos. Ha comunicado conmigo por medio de las manos de dos personas de confianza. Todos sus mensajes están impregnados de manifestaciones de su propio carácter y de su

manera de pensar, tal como la expresaban las cartas que me escribía mientras vivió sobre esta tierra.

Después de esto no me queda absolutamente ninguna duda.

Para mí está resuelto el problema, establecida la verdad. Y me siento feliz al presentárseme esta ocasión de declarar ante el mundo todo, públicamente, que, tocante al asunto, no puedo ya admitir objeción ni discusión.

W. J. Stead.



Lo maravilloso y la mentalidad española

Frases de un discurso

«Sólo la Ciencia puede enriquecer y engrandecer á las naciones pobres. Agotada la geografía política, *quedan aún convidándonos á gloriosas hazañas las luminosas tierras del espíritu*. El mundo es todavía un enigma; las ciencias distan mucho de su ideal perfección; bríndannos las fuerzas naturales océanos de energía compensadora de la pobreza de nuestro suelo. El filón asoma por todas partes. Laboremos.»

El doctor **D. Santiago Ramón y Cajal**, en la Asamblea «Por la cultura nacional», celebrada en Valladolid el día 12 del corriente.
(Subrayado por la Redacción.)

Hablando con los doctores Maestre y Salillas

Dijimos en el número anterior, que nuestras primeras gestiones para conocer el concepto que las eminencias patrias tienen de las modernas investigaciones de psíquica experimental, habían sido afortunadas. Lo han sido, en efecto, en doble sentido: por la benévola atención que nos han dispensado las personas hasta ahora consultadas, y por el convencimiento que hemos formado de que en España hay quien sigue paso á paso toda la evolución científica de nuestros días, con una amplitud de miras y de juicio que consuela de la meticulosidad ambiente.

EL DOCTOR SALILLAS

Una feliz circunstancia nos permitió, apenas formado nuestro plan, oir al eminente antropólogo, cuyos estudios de criminología son tan propicios á las observaciones psíquicas. Conoce la actual orientación espirita de los psicofisiólogos; le interesa sobre manera la evolución de Lombroso, con cuya amistad particular se honra; y nos demostró, leyendo trozos de sus anteriores escritos, que él, Salillas, tiene de la fuerza espiritual un concepto positivo, *material* podríamos decir, si en gracia á la acabada expresión, se nos perdona la antinomia del léxico.

El Dr. Salillas nos ofreció extractar algo de lo que nos dijo en algunas cuartillas, que honrarán nuestras columnas.

EL DOCTOR MAESTRE

El sabio catedrático de Medicina legal en San Carlos, ha de ser oído por cuantos en España quieran saber de psicología fisiológica ó positiva.

En nombre de cariñosa y antigua amistad nos decidimos á interrumpir sus constantes ocupaciones, y nuestra conferencia fué larga: habló él siempre; nosotros, apenas formulada la pregunta, no osábamos interrumpir el brotar de sus ideas, en cuya exposición no queremos mezclar nuestra pluma pecadora. Su amplísima visión de los horizontes intelectuales; su concepción *provisional* del Cosmos (en un pensador serio no puede ser rotunda) como un macizo de energías, cuyos núcleos y oleadas crean la consistencia sensorial, cuya proyección son los seres vivos; su ultra-espiritualismo científico y positivo; sus propias observaciones sobre los estados hipnóticos y sonambúlicos; sus amplios estudios y múltiples experiencias en España y en el extranjero, han de ser desarrollados por él mismo, y nuestros lectores preferirán seguramente esperar unos días, á tener antes una torpe desfloración.

Cuando al despedirnos del Doctor Maestre, alentados por sus bondades, aventuramos una interrogación decisiva, nos contestó recordando la última página del último libro de Littré. En ella, el gran pensador hace una hermosa imagen. Él está en el confín de la tierra conocida, que baña un océano de ignorados horizontes; le invitan á embarcar en busca de nuevos continentes... ¿Existirán?... No lo sabe; pero las olas traen junto á sus pies hermosas florecillas de una flora completamente desconocida.



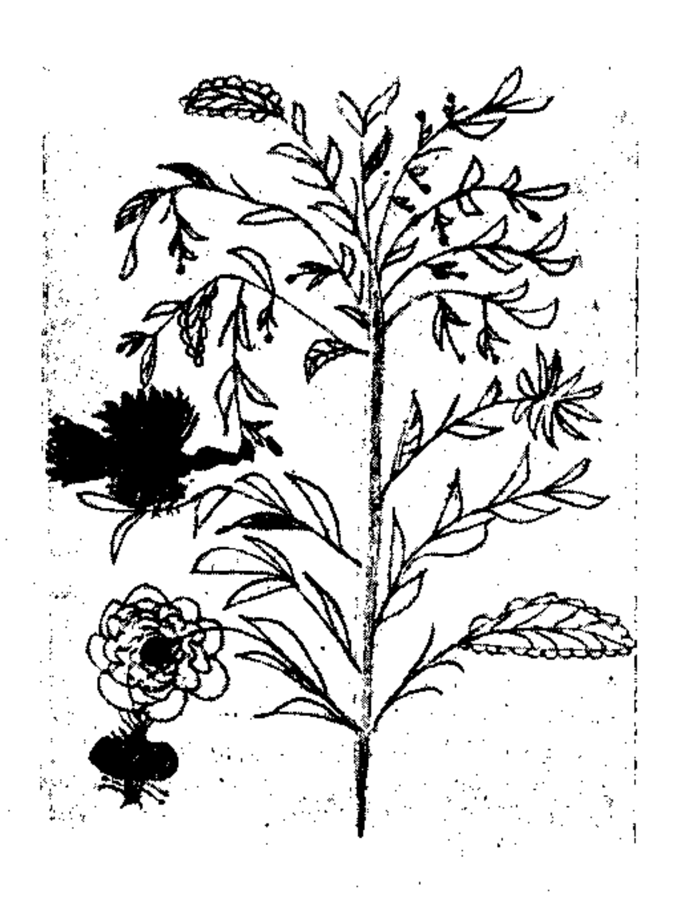
LOS ZAHORÍES Y LA CIENCIA

Sin que por eso debamos admitir todas las preocupaciones populares, es digno de meditación el hecho de que éstas son frecuentemente corroboradas por la Ciencia, después de ser objeto de desprecio y de burla por los *científicos*. Ahora toca el turno de parcial rehabilitación á los zahoríes, entre los cuales ha habido y hay muchos embaucadores, como los

hay, aunque en menor escala, entre los médicos, los abogados, etc.; pero es también indudable que algunos poseen una facultad ó sensibilidad especial que les permite conocer la presencia de corrientes de agua superficial ó subterránea. Tal vez sea lo que quede de un sentido que el hombre tuvo cuando su atrasada condición requería ese conocimiento del lugar en que se encontraba tan necesario elemento de vida, ó quizás los albores de un nuevo sentido, que desarrollado, le permite penetrar las cosas por modo ahora inexplicable. Lo cierto es que ese sentido atrofiado ó rudimentario existe, y lo prueba: 1.° El éxito de las predicciones, más frecuente de lo que algunos precisan. 2.° Un hecho indubitable: hay aparatos que registran *ese algo*, que los sensitivos dicen percibir, y que un sacerdote de Nueva Zelanda expresó como «trepidaciones especiales en los nervios y músculos de sus piernas».

Una casa inglesa construye esos aparatos, utilizados ya por las Compañías de ferrocarriles del Reino Unido y otras empresas, en los cuales una aguja señala con oscilaciones la presencia del agua, cuya distancia y cantidad influyen en la magnitud de aquéllas.

Estas y otras cosas obligan al hombre prudente á no creer, pero á no rechazar tampoco mucho de lo que pasa hoy por *brujería*.





Información nacional

UNA MEDIUM MADRILEÑA

Nuestros grabados

Hemos tenido ocasión de presenciar la ejecución de los dibujos que, en tamaños reducidos, representan nuestros grabados, que han sido realizados por la Srta. X, medium escribiente y dibujante que reside en esta Corte.

Es de advertir que la medium desconoce hasta las más rudimentarias nociones de dibujo, y es inconcebible que pueda en tales condiciones, no sólo verificar ese trabajo que, aunque imperfecto, tiene originalidad en su conjunto y expresión y vida, sino que lo realice con seguridad y rapidez tales, que en su estado normal fueran imposibles.

En trance la medium, al servicio el instrumento de misteriosa influencia, ya no hay que esperar voluntarios movimientos ni normalidad de sus propias funciones. El lápiz traza sobre el papel líneas y rasgos sin orden alguno; la mano izquierda de la medium tiene aquél en constante movimiento, y tan pronto se ve lo que va dibujando en la posición normal, como totalmente invertido, inicia una línea y la abandona en seguida para volver nerviosa á continuar su trabajo en otra que antes dejara trazada; sepárase brusca-

mente de la mesa de trabajo como para apreciar distancias y conjunto, mide aquéllas con maravillosa precisión y no descansa un momento hasta que el dibujo está terminado y firmado con el nombre del sér que parece dirigirla; es, en suma, el trabajo de un loco, la labor de la inconsciencia realizando al fin un trabajo... consciente (?).

Y cuando la medium sale del trance, es de ver su extrañeza y la alegría infantil que siente ante la contemplación de *su obra*, que la admira tanto más cuanto que desde aquel momento ya no es capaz de mover siquiera el lápiz.

AHORA Y CERCA

Á los que oyen las referencias de casos de telepatía como el mentir de las estrellas, *porque, en general, son hechos ocurridos en lejanas tierras ó en lejanos tiempos, les trasladamos la relación que hace el eminente Doctor Royo Villanova, en el* Diario de Avisos de Zaragoza, *del cual la tomamos:*

Actualidades médicas. — Telepatías. — El crimen de Calatayud.

Una noche del pasado Octubre, ya casi de madrugada, abrióse de pronto la puerta de mi despacho, que da acceso á la antesala, y apareció mi criado pálido, descompuesto, agitadísimo.

Bajaba de su dormitorio decidido á pasar la noche en vela, porque le horrorizaba la idea de dormirse.

Tres noches consecutivas, lo mismo era poner la cabeza en la almohada y cerrar los ojos, que se le aparecía una figuro siniestra blandiéndo un cuchillo y hundiéndoselo en el cuello despiadadamente. El forcejeaba, se movía, gritaba; pero sus gritos y sus movimientos no impedían que el crimen se consumase; únicamente servían para despertarle sollozante y sudoroso de aquella pesadilla horrible que de modo tan cruel le atormentaba.

Intenté disuadirle de su idea de pasar en vigilia el resto de la noche; pero fué en vano.

—El señor hará lo que quiera; pero en el estado nervioso en que me encuentro, el *ensueño* volvería otra vez, y pudiera ser que me muriese de veras.

Dejéle en mi despacho arreglando papeles é instrumentos, y me acosté.

No volví á pensar en aquel incidente. Pero hoy, leyendo el periódico mientras tomaba el desayuno, me entero de que en Calatayud se ha perpetrado un crimen horrible, que la víctima, llamada Urbano Lausín, apareció muerta con un cuchillo clavado en el cuello.

¿Tendré necesidad de decir que este desgraciado Urbano era mi criado de la noche de marras?

Un escalofrío de terror sobrecogióme un instante y me puse á pensar en aquello que pudiera ser una casualidad ó una adivinación, y en seguida vino á mi memoria otro hecho que impresionó hondamente hace ya algunos años.

Transcurría la época triste de nuestros desastres coloniales y ocupaba á la sazón un puesto importante en Zaragoza una personalidad á quien yo prestaba mis servicios como médico.

Una madrugada de estío ó de primavera, que en esto no tengo seguridad, me llaman con urgencia á la histórica mansión donde se hospedaba aquella distinguida familia, y encuentro en uno de los dormitorios, rodeada de los demás individuos de la casa, una señora con la cabellera suelta, el traje descompuesto, apoyada con actitud de espanto sobre el borde del lecho y puesta la mirada fija y espantable en el cuadro de luz de la ventana. Su voz, entrecortada por los sollozos, profería palabras de apasionada indignación y de dolor intenso ante el horrible espectáculo de una alucinación macabra.

Su marido acababa de desembarcar en una playa y caía muerto á balazos pronunciando el nombre de aquella mujer enamorada con quien se había desposado pocos meses antes.

Pues bien: transcurridas algunas semanas, súpose que á la misma hora en que aquella señora se horrorizaba ante la visión de su marido agonizante, caia aquél muerto al desembarcar en país remoto, víctima de las armas insurrectas.

Sin duda alguna eran tan intensas las relaciones de aquellos dos espíritus, tan acordes sus almas, tan armónicos sus corazones, tan afinadas sus sensibilidades, tan estrechamente unidas sus existencias, que cualquier acontecimiento del uno era sentido por el otro, y tanto más cuanto más importante ó emocional fuese lo que sucediera.

Cuando se roza con el arco la cuerda de un violín, los demás instrumentos parecidos que están á su lado dan la misma nota, y sus cuerdas homólogas á las del contrabajo vibran, si están acordes, conmoviéndose como si á ellas les llegara la caricia resinosa de su compañera lejana, y, efectivamente, es así.

No vibran ellas solas espontáneamente; son las ondas que traza la cuerda primera al vibrar, las que se comunican á las otras cuerdas, si los instrumentos están afinados, y las hacen vibrar á su vez.

Esto eran aquellos corazones enamorados: dos instrumentos afinadísimos, tan acordes, que, á millas de distancia, se comunicaban sus vibraciones, sus sentimientos, por la telegrafía sin hilos de la pasión, por las ondas hertzianas de ese *éter psíquico* que amor se llama.

Si Campoamor notó:

> en Cádiz repercutir
> un beso dado en Cantón,

¿qué extraño es que una mujer enamorada, joven esposa de ayer, madre de mañana, perciba desde un rincón de España el último suspiro tan rápidamente lanzado desde otro continente por aquel hombre amadísimo que envía en un beso, no una caricia, sino su vida entera, que con el suspiro se extingue?

Pero, en fin, esto se explica; se trata de un caso más de *telepatía* como aquel famoso del duque de la Torre cuando, gravemente enfermo en su cama de Madrid, levantóse de súbito pidiendo su espada y su caballo para correr á El Pardo, donde el *corazón* le decía que Alfonso XII se moría en aquel instante, como así era en realidad.

Lo que ya no es tan fácil de explicar son esas cosas que

yo llamo telepatías del tiempo, como la de la pobre víctima del crimen de Calatayud.

Sentir *lo lejos* en el espacio tiene su explicación.

Sobre todo cuando *lo lejos* es el pretérito, no el futuro.

La *imaginación*, en funciones con la *memoria* crea formas nuevas con elementos antiguos; pero, en realidad, no se trata de estrenos, sino de *reprises*, á la manera como las *sirenas*, los *endriagos*, las *quimeras* y los *dragones* son animales jamás vistos en la realidad; pero cuyos detalles de bustos de mujer, cuerpos de serpiente, colas de peces, alas de murciélago, cabezas de caballo y garras de caimán son reales y verdaderos: toda la inventiva está en la combinación de aquellos elementos.

Pero en la telepatía de lo futuro, en la sensación del porvenir, en la adivinación, en el presentimiento, en el hecho de percibir hoy lo que no ha de pasar sino mucho tiempo después; en el caso actual del desgraciado Urbano que, por dos veces y con veintidós semanas de anticipación, experimenta el mismo crimen de que ahora es víctima, en esto no interviene la imaginación ni la memoria para nada.

Se trata de una función nueva de la mentalidad, todavía ignorada y poseída tan sólo por determinados cerebros, que, considerados desde este punto, bien pueden calificarse de privilegiados.

A la vista de hechos de este género parece como si el presente de la vida, lo actual de la existencia estuviera ligado, no sólo á lo pasado, sino á lo porvenir, y que pasado, presente y porvenir son las tres dimensiones cronológicas (?) de todo lo que es, y que las tres tienen una existencia real; pero nuestra inteligencia, limitada por unos sentidos más limitados todavía, no aprecia el completo de los hechos, sino sólo una parte de ellos, la que se tiene delante, lo presente, y, á lo más, también la parte que sucedió, lo pasado; pero en modo alguno la parte que sucederá, lo porvenir.

Nuestro sensorio es una cuerda tirante, cuyas ondulaciones, más ó menos intensas y frecuentes, conmueven por la derecha el éter del pretérito y por la izquierda el éter del futuro.

El toque está en reconocer y apreciar debidamente; en el vibrar de nuestro sensorio, cuáles son las ondas de la sombra y las de la luz, cuánta cantidad de pasado y futuro tiene lo presente.

En realidad, lo que parece todo no es nada. Lo actual no es más que una inquietud constante dejada por un recuerdo y cogida por una esperanza, que casi siempre es un temor.

El *Hoy* es el aliento que tomamos para poder decir *Ayer* y para poder clamar *Mañana*.

Dr. Royo Villanova.



Para dar cabida á todo lo que faltaba del artículo de Mr. Stead, y aunque este número tiene cuatro páginas más que el anterior, nos hemos visto obligados á suprimir hoy la sección

Los grandes mediums

dejando para el próximo número la continuación de la interesante nota biográfica en la que se refieren los comprobados casos de videncia de

SWEDEMBORG

DE TODAS PARTES

Experiencias hechas por el Doctor Ferroul en Narbona sobre la lucidez [1]

La autoridad del Dr. Ferroul ha llegado á ser universalmente respetada por el vigor científico de sus experiencias; es un observador sagaz que ha tenido buen cuidado de acreditarlas por testigos numerosos é irrecusables. Consideramos de actualidad palpitante divulgarlas, presentando separadamente el sujeto lúcido y los casos más notables.

El sujeto.

Ana B... nació en Narbona, no salió de este pueblo y podrá tener ahora veintiseis años. Es memorista, de temperamento débil, de fisonomía dulce, pálida, y muy gruesa. Monsieur Ferroul era, hace tres años, sumamente escéptico respecto á los fenómenos de que tratan los *Anales de Ciencias psíquicas*. Un día fué llamado para prestar sus servicios médicos á Ana B..., que se hallaba en la calle bajo la influencia de un ataque de nervios.

Sólo con palabras dichas en tono autoritario, Ana se puso de pie inmediatamente y volvió al estado normal. Entonces, M. Ferroul pensó hacer con ella experimentos de hipnotismo; así, pues, la hizo venir á su despacho y pronto advirtió sus extraordinarias facultades psíquicas.

Sumida en el sueño magnético, hacía ella espontáneamente revelaciones sobre sus actos á Ferroul, actos que la lúcida no podía conocer de antemano, y sin que él la hubiese inclinado hacia tales declaraciones. M. Ferroul fué llevado gradualmente á ensayos varios; vamos á reseñar algunos casos referidos por el mismo Ferroul, que han tenido en la población extrema resonancia, ó que han podido ser acreditados por diversos testigos.

Es lamentable que las muchas ocupaciones de M. Ferroul no le hayan permitido hacer sus experiencias en forma metódica y ante un número de testigos útiles para dar fe de todo. M. Ferroul, hombre activo, carácter entero, manifestó siempre haber ido á la ventura, caprichosamente, siguiendo la inspiración del momento, y no querer leer ni conocer trabajos anteriores sobre estas materias: quizá le haya resultado esto más práctico.

Aunque este sistema no satisfaga desde el punto de vista del análisis científico y de la prueba de los hechos á los lectores que vivan distanciados del lugar donde se verificaron, en vista de los resultados de las investigaciones realizadas por numerosos experimentadores, es forzoso reconocer que los fenómenos del orden psíquico no pueden ser sometidos al método experimental como los del orden físico; lo cual representa, indefectiblemente, una grave dificultad que da lugar á que el ensayo aborte, ó se realice de un modo defectuoso.

En la obtención de los fenómenos entra por mucho, además, el temperamento del que actúa; así, M. Ferroul,

(1) De *Annales des Sciences psychiques*.

solo, ha obtenido con Ana los resultados que se indicarán; los demás médicos que la sometieron al sueño hipnótico no han obtenido con ella más que fenómenos ordinarios de hipnosis. Se han encontrado, por tanto, entre M. Ferroul y Ana ciertas relaciones psíquicas especialmente propicias para el desarrollo de tan extraordinarias facultades.

No tardó M. Ferroul en advertir que Ana tenía la facultad de percibir sucesos lejanos que se verificaban en el momento de presentarse el estado sonambúlico. Inmediatamente después advirtió también que tenía la facultad de percibir sucesos realizados con bastantes días de anterioridad. Hay para Ana, en ese estado, abstracción del tiempo y del espacio.

En el sueño provocado habla siempre en voz baja; resiste alguna vez, se queja, y si M. Ferroul insiste, la sobrevienen crisis que impiden proseguir la operación. Además, acciona y habla como un niño.

LOS CASOS

I. — El caso Boulon.

Ocurrió en Junio de 1894. M. Ferroul esperaba de Boulon, distante ochenta y seis kilómetros de Narbona, dos personas que debían llegar por ferrocarril.

Como no llegaban, ni había tenido noticia alguna justificando el retraso, M. Ferroul hizo que viniera Ana y la puso en estado sonambúlico, con orden de trasladarse á Boulon, guiándola con sus indicaciones, toda vez que conocía él los lugares; Ana no había estado allí nunca.

—Estoy allí—dijo Ana—; es de esta y de la otra manera, pero no veo allí á nadie.

—Entra en la casa.

—Allí estoy. ¡Ah, Dios mío! ¡Qué sucedió! La señora está sobre la cama, herida en la espalda y en los riñones, pero no sangra... Allá está el coche volcado; el cochero cayó á un lado sin hacerse daño.

Ana B... cuenta en seguida la cura hecha por el médico. Inmediatamente después M. Ferroul envía un despacho á Boulon:

—¿Es cierto que les ocurrió un accidente de coche?

Al día siguiente, por la mañana, recibía una carta de su amigo; éste comenzaba por asombrarse de que M. Ferroul pudiera tener conocimiento del accidente; las referencias de la carta concordaban con las indicaciones de la lúcida.

II.—Caso de una persona desaparecida.

En Junio de 1894, los periódicos de Narbona y el de Tolosa *La Dépêche* referían el caso de una joven desaparecida. La denominaremos D.; era criada del padre político de Monsieur Fabre.

D. había sido vista la última vez por M. Fabre, farmacéutico en Narbona y segundo adjunto del alcalde, el domingo 24 de Junio de 1894, á las nueve y media de la noche; salía entonces de su casa para entrar en la de su amo.

Este último llegó á su casa á las diez, encontró la puerta abierta y sobre la mesa del salón el delantal de la muchacha; ésta había desaparecido.

Se la buscó hasta muy tarde inútilmente; se hicieron al día siguiente, lunes, nuevas pesquisas; muy preocupado el amo, envió sus señas á los periódicos, reproducidas en los del martes, edición de la mañana.

El martes por la tarde M. Fabre rogó á M. Ferroul probase la lucidez de Ana sobre el caso.

M. Ferroul objetó que probablemente no conseguiría nada, pues no tenía ninguna pista; ni él ni Ana conocían á la muchacha; que, sin embargo, á todo evento lo intentaría:

Ya dormida, le dijo M. Ferroul:

—Vas á retroceder hasta el domingo por la noche, á las nueve y media, en casa de M. Fabre, calle de la República. Allí debes encontrar una muchacha de unos diez y seis años, de tales y tales señas.

—La veo—dijo Ana.

—Síguela y dime lo que hace.

La lúcida declara que D... entra en su casa (la describe); que D... está en su habitación haciéndose la *toilette;* describe la habitación y hace notar que en un rincón hay una maleta con ropa dentro.

Señala la llegada de un sujeto que habla con D..., la convence de que baje y la lleva á un portal frente á la casa; entretanto llegan M. y Mme. Potet, y, sorprendidos por ver abierta la casa, buscan á la muchacha. Esta y su acompañante oyen todo lo que pasa y no se atreven á salir; él, viendo que D... no puede entrar, le dice se vaya con él, que le encontrará otra colocación.

A petición de M. Ferroul, describe al sujeto; pero no puede decir su nombre, que no es pronunciado por D...

D... presenta objeciones sobre las consecuencias y dificultades que le va á producir lo hecho; el sujeto la dice que responde de todo.

Ana dice:

—Salen, llegan al muelle de la Caridad; D... dice al sujeto.

«—¿Ves allá arriba, esa pequeña ventana iluminada? Es de la habitación de María, la criada de Fabre.»

«—¿Has dicho algo á María?»

«—No.»

—¡Pero—dice Ana—, van por calles tortuosas!... ¡Nunca las he visto!...

¡Ah! entran en una casa, les recibe una mujer: él la dice que es su madre, pero no hay tal, es una *entremetteuse.*

Siguen otros detalles.

—¡Ah! se levantan, van á la estación; ella toma un billete para Bessieres, sube al tren, llega á Bessieres... Ya no la veo, hay mucha gente; la pierdo de vista.



No habiendo logrado más datos, M. Ferroul trasmite estas notas á M. Fabre, quien se dirigió en busca de su suegro; subieron á la habitación de D... y comprobaron que, en efecto, había en ella ropa limpia en una maleta; mas no pudieron saber más y se pasó el martes sin noticias de D...

Al siguiente día, miércoles, habiendo ido la criada de M. Fabre al correo á dejar una carta, vió á D... con una mujer. D... procuraba pasar desapercibida. Interrogada por María, quien la reprochó su proceder, contestó entonces que llegaba de Bessieres, donde había ido á buscar colocación. Sin perder tiempo, María fué á prevenir á M. Fabre, quien envió un agente de policía á casa de la mujer con la que María había visto á D...; pero ésta ya se había marchado. Dos días después, el agente la encontró en un hotel y la

llevó á la Alcaldía, donde la interrogó. D... concluyó por confesar que un sujeto la había convencido de que se fuera con él, y designó al sujeto. M. Fabre mandó se buscara al sujeto designado, y cuyas señas correspondían en un todo á las indicaciones de Ana Brien.

***

Preguntado el sujeto, negó al principio; M. Fabre le dijo que D... se lo había confesado todo y, ni corto ni perezoso, relató los hechos conforme á las declaraciones de la lúcida. Viendo que el joven perdía su serenidad, el adjunto prosiguió y relató la conversación del muelle de la Caridad; entonces el joven se aturdió por completo, y M. Fabre, viéndose en camino seguro, continuó.

Entonces confesó el mancebo, añadiendo:

—¡Sí, es verdad! Mas yo no sabía que ella era menor; en todo caso, miente cuando dice que la he llevado á casa de una mujer; no hay ninguna mujer en este asunto; yo la he llevado á tal hotel, el muchacho nos dió la llave de una habitación, yo me fuí del hotel á las tres de la mañana y no sé qué fué de ella.

M. Fabre despachó al joven y reanudó el interrogatorio de D...

—Pero—añadió—sé también lo que has hecho en Bessieres; mas quiero que me lo digas, y si no me dices la verdad, á la cárcel.

—Pues bien—dijo ella—; el lunes busqué durante el día colocación en Bessieres y no la encontré; por la noche bajé á la estación para tomar el tren y lo perdí. En la estación encontré un mozo de equipajes que había conocido en Narbona y que me llevó á dormir á casa de su madre.

***

De este modo encontraba explicación la gran laguna encontrada en las declaraciones de Ana, que había entremezclado los sucesos de Bessieres con los de Narbona, y no había señalado más que un sujeto cuando, en realidad, eran dos los que habían intervenido. Las calles que la lúcida no recordaba como de Narbona, eran probablemente las de Bessieres.

Luego el martes por la noche, Ana pudo tener la percepción de hechos ocurridos en la noche del lunes al martes y del martes al miércoles. Cabe, pues, preguntar si la materia, en general, no poseerá, con igual motivo que la substancia cerebral, la propiedad de conservar las impresiones, los rasgos ó trazos de las vibraciones luminosas y sonoras. El *sensorium* flúido ó cuerpo astral del sujeto, extendiéndose á lo lejos, haría revibrar la substancia, del mismo modo que hace vibrar la substancia cerebral, y las impresiones recibidas serían devueltas.

La substancia devolvería sus impresiones exactamente lo mismo que lo haría su cerebral adicional, y constituiría para el sujeto una especie de cerebro temporal y suplementario.

Contra esta hipótesis se hará notar que la materia ha recibido una multitud de impresiones, y se preguntará por qué ha trasladado á Ana Brien los hechos, gestos y palabras de D... y de su compañero, con preferencia á las demás escenas. Contestamos que la misma objeción subsiste en cuanto á las facultades del cerebro, y, sin embargo, la luz se hace perfectamente; si en el momento de escribir deseo representarme la villa de Marsella, es de ésta y no de otra la imagen que en mí se produce. Sin poder explicar cómo se verifica esta separación tan perfecta entre la imagen de Marsella anteriormente formada y la de cualquier otra población, podemos explicarnos que en virtud de una misma ley, la idea inicial que pone á Ana en la pista de una serie determinada de hechos, hace que sea esta serie y no otra la que se desenvuelva. Las mismas lagunas acreditadas en las percepciones de la lúcida, sirven de apoyo á esta hipótesis, pues en el funcionamiento normal de la memoria encontramos las mismas lagunas; algunas veces entremezclamos ó superponemos hechos, y por eso puede muy bien acontecer que en la imagen de una población evocada por intermedio de la voluntad, coloquemos, por error, una calle ó un monumento de otra población. Son anomalías que resultan á menudo de las manifestaciones contradictorias de testigos presenciales respecto á los mismos hechos.



De la exactitud de los hechos relatados en este caso, responde, bajo su firma, P. Fabre, adjunto del alcalde. L. Weill, comerciante. F. Négre, redactor del periódico *Petit Paris-Narbone.*

UNA CARTA DE FLAMMARION

Nos parece interesante reproducir la carta que Camilo Flammarion ha dirigido á Mr. M. C. de Vesme, secretario general de la Sociedad Universal de Estudios Psíquicos, con motivo de haber sido elegido presidente de ella el ilustre astrónomo. Su contenido refleja bien cuál es la situación de los hombres de ciencia respecto á los estudios psíquicos positivistas:

París, Febrero de 1909.

Mi querido secretario general: Había dicho á usted que, con verdadero sentimiento, mis trabajos siempre abrumadores me impedían aceptar la muy honrosa proposición de que se hizo usted intérprete. Sin embargo, como ello no ha impedido que se me eligiese presidente, haría mal en rehusar obstinadamente, y acepto. No sé cómo encontraré tiempo, lo que siento de verdad, pues me interesan vivamente esas perturbadoras é importantes cuestiones. En fin, yo haré lo que pueda.

Al aceptar esta presidencia, estoy seguro que entre sus manos y las de sus colegas de estudio, la Sociedad Universal de Estudios Psíquicos no se apartará de un estricto plan científico. Yo descanso, pues, enteramente sobre los trabajos dirigidos por su clara competencia, sin prejuicio de clase alguna.

Con mis votos por el éxito obtenido, etc., etc.

Tipografía LA EDITORA, San Bernardo, 19.—Madrid.

—No hemos visitado su tumba y, por lo tanto, no podemos decir nada.

—¿Os es posible entrar en comunicación con Mme. Steinheil?

—Para eso nos sería preciso estar en contacto con un objeto que ella haya llevado. Si se nos pone en su presencia y habla con nosotros, si es culpable lo confesará, pues no podrá resistir á nuestra influencia, y su cuerpo flúido se verá forzado á decir la verdad.»

El resultado de la tentativa es, en suma, deplorable, tanto como el de aquellos experimentos hechos por los magos que se ocuparon del descubrimiento del cura de Chatenay. Entonces, ¿las facultades de que hacen gala los brahmanes y los faquires son ilusorias? Evidentemente, no. Pero estas experiencias sistemáticamente repetidas, demuestran, al menos, que es vano y puede ser peligroso querer aplicar á asuntos particulares é interesados, las facultades de videncia y clarividencia.

La videncia es una facultad intermitente y poco conocida. Su estudio es muy interesante bajo el punto de vista científico; pero haciendo uso de ella para experiencias con un fin interesado, es expuesta á graves errores aun cuando la honradez del sujeto no ofrezca duda alguna. Y no siempre es este el caso.

Y añadimos por nuestra cuenta:

Los nuevos derroteros de la ciencia espiritista someten las experiencias á otros procedimientos y las aplican á más altos fines.

BIBLIOGRAFÍA

En esta sección daremos cuenta de toda obra de que se nos remita un ejemplar, ocupándonos además de ella en las páginas del texto si tiene relación con lo que es objeto de la Revista.

Espíritu de la Jurisprudencia Española.—*La del Código civil.*—Extracto de las sentencias referentes á este cuerpo legal, pronunciadas en casación por el Tribunal Supremo, por Lorenzo Barrio y Morayta, abogado de los ilustres colegios de Madrid, Jaén, Granada, Bilbao, Alcalá y Segovia y director de la antigua Revista Jurídica *El Foro Español.* -Un tomo en 4.º de 672 páginas. Precio: Madrid, 10 pesetas; Provincias, 10,50.

Pedidos al Administrador de *El Foro Español,* Isabel la Católica, 4 duplicado, Madrid, y en las librerías.

CORRESPONDENCIA

DE REDACCIÓN

D. L. F. N.—No podemos dar cuenta del caso mientras no abandone usted el incógnito, al menos para la Redacción. Otra cosa sería exponernos á convertir la Revista en folletín novelesco. Ya que no lo demos al público, necesitamos tener nosotros garantía de seriedad.

D. A. O.—Eso mismo nos dicen muchos suscriptores. Ya ven que procuramos complacerles, pero tengan presente que este género de estudios se ha de cultivar con prudencia y parvedad. Y que el aspecto editorial de la Revista no se puede desatender.

ADMINISTRATIVA

Á cuantos nos expresan la dificultad de girar por no haber en sus localidades medios para ello, les facultamos para enviar sellos, *pero tengan en cuenta que los menos utilizables son los de peseta. Envíenlos, si no tienen otro medio de satisfacer la suscripción, móviles de 10 céntimos ó postales de 15 ídem.*

Los señores suscriptores que lo quieran ser por años naturales, deberán suscribirse ahora por los nueve meses restantes del actual. Para ello admitiremos las suscripciones al precio de 4,50 pesetas, que es la proporción justa, sin aumento alguno.

Para hacer la suscripción llénese el adjunto boletín y envíesenos, con el importe en libranzas de la Prensa, que pueden adquirirse en cualquier estanco, letras, cheques ú órdenes de fácil cobro.

Los suscriptores de América pueden remitir el importe de la suscripción en francos ó dolars.

Lo Maravilloso — **MADRID** ••• **Ancha de San Bernardo, 19**

España: Un año, 6 pesetas; un semestre, 3,50 id.—*Extranjero:* 7 y 4 francos respectivamente.

LA EDITORA

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

DON .... , *que vive en* .... , *provincia de* ....

.... (Calle ó plaza.) .... , *núm.* .... , *se suscribe por* ....

á partir de 1.º de Abril, cuyo importe de .... *pesetas remite en* ....

.... *de* .... *de 190*........

(Firma del suscriptor.)